

Diseño: Estudio SM

Título original: L'Église auberge Traducción de Diego Tolsada

Fotografías: ARCHIVO SM; WIKIPEDIA, Alberto Gálvez Giménez; Bridgeman Images / AGE FOTOSTOCK; ORONOZ; ALBUM

© 2016, Groupe Artège

© 2016, PPC, Editorial y Distribuidora, SA Impresores, 2 Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (Madrid) ppcedit@ppc-editorial.com www.ppc-editorial.es

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

LA PARÁBOLA DEL «BUEN SAMARITANO»

Se levantó entonces un maestro de la Ley y le dijo para tenderle una trampa:

-Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?

Iesús le contestó:

- -¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella? El maestro de la ley respondió:
- -Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo.

Jesús le dijo:

-Has respondido correctamente. Haz eso y vivirás.

Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús:

-¿Y quién es mi prójimo?

Jesús le respondió:

-Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de desnudarlo y golpearlo sin piedad, se alejaron dejándolo medio muerto. Un sacerdote bajaba casualmente por aquel camino y, al verlo, se desvió y pasó de largo. Igualmente, un levita que pasó por aquel lugar, al verlo, se desvió y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de viaje, al llegar junto a él y verlo, sintió lástima. Se acercó y le vendó las heridas después de habérselas curado con aceite y vino; luego lo montó en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al mesonero, diciendo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a mi vuelta». ¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?

El otro contestó:

-El que tuvo compasión de él.

Jesús le dijo:

-Vete y haz tú lo mismo (Lc 10,25-37).

Advertencia del autor

Desde los antiguos Padres, y especialmente desde Orígenes, la Iglesia ha visto en esta parábola de Jesús un amplio esbozo de la historia de la salvación:

- el samaritano es Jesucristo;
- el herido medio muerto al lado del camino es la humanidad;
 - los bandidos: las potencias enemigas;
 - Jerusalén: el paraíso;
 - Jericó: el mundo;
 - el sacerdote: la Ley;
 - el levita: los profetas;
 - la posada y su posadero: la Iglesia;
- en cuanto a la promesa que el samaritano hace de volver, es figura de la vuelta de Cristo al final de los tiempos.

Con esta «rejilla de lectura» el lector tendrá la bondad de abrir, con delicadeza y como si se tratara de un antiguo y hermoso tesoro familiar, estas cartas que un posadero en peligro lanzó, como botellas al mar del tiempo, a Jesús, Señor del cielo y de la tierra.

G. L.



Alberto Gálvez Giménez, El buen samaritano (2003).

EN EL UMBRAL

Señor:

¡Ese instante en que vi tus ojos por vez primera! Todavía conservo en los labios una sonrisa involuntaria y casi trágica.

Estaba allí, con el pesado aire del comienzo de la tarde, apoyado en la puerta de mi pequeña posada, esta misma apoyada, como fatigada, en la muralla de la ciudad, a dos zancadas de la Puerta de Poniente.

Veía cómo te ibas acercando lentamente.

Tu pequeño asno parecía agotado. Ya no podía llevar más tiempo esa carga, demasiado pesada para sus pasos, temblorosos de cansancio. Cuando se detuvo ante el umbral de mi posada hizo un movimiento hacia atrás que desequilibró sus patas en una breve danza aturdida e hizo caer lo que yo creía que era un amasijo de andrajos. Todos aquellos trapajos se precipitaron a los adoquines desgastados y desiguales de nuestro callejón.

Le diste la espalda a esta escena un tanto grotesca. Después te vi. Tu mirada. Esta se había dirigido hacia atrás, en un impulso de terror y de frescura espontáneos, como si todo el tesoro del mundo fuera a caer a un abismo...

Yo estaba allí, en la misma puerta, desde hacía ya unos minutos. Joven, seguro de mí mismo y relativamente contento de esa jornada que el sol se llevaba consigo. Tú estabas aún bastante lejos, pero yo ya había empezado a darle vueltas a mi breve discurso interior. «¡Uno más de esos mercaderes de nada que frecuentan nuestros comercios y viven de créditos eternos!». Rumiaba estas probables y futuras desilusiones mientras que, sin decir una palabra, atabas el ramal del asno a uno de esos gruesos aros de bronce sin pulir que se alinean a la izquierda del pequeño portal en el que se encuadraba mi persona. Ni una palabra. Los gestos

justos y precisos, habituales en quienes van por los caminos y las posadas.

Rápidamente noté, por tus extravagantes ropas y tus sandalias estrafalariamente trenzadas, que venías de Samaría, esa región extraña y vacía al otro lado de las montañas... Un samaritano y un asno apestoso. ¡No faltaba más que esto! Mi monólogo interior se agriaba, se convertía en vino picado...

Y después, todo en mí se puso de repente patas arriba: vi tus ojos. Tus ojos que se habían inclinado hacia los trapos abigarrados y sucios. Tus ojos que descubrieron una cabeza ensangrentada. Tus ojos que dulcemente tomaron en sus brazos ese tormo tumefacto. Tus ojos que calentaron el débil aliento que salía de aquella boca herida. Después, tus ojos que pedían la ayuda de los míos...

Jamás olvidaré aquellos ojos. Atormentan mis noches agotadoras. Acompañan mis días...

Hace ya un mes que te fuiste por el largo camino del alba, dejándolo allí, aún dormido y febril, perdido en mis viejas mantas en el rincón de mi sala grande.

Cada vez me siento más despojado. Cuando vuelvas, no olvides traer las monedas que me prometiste antes de irte. El oro no es eterno. Mi casa es la tuya. Sigo siendo tu afectuoso amigo...

A LO LARGO DEL CAMINO

Señor:

«¡Escogido!». La tarde ardiente de nuestro encuentro me habías dirigido esta palabra, que yo abandoné trivialmente en los márgenes de nuestra conversación sin prestarle excesiva atención. Me decías que me habías «escogido». La palabra ha vuelto a mí esta mañana, mientas miraba mi rótulo, mal pintado, mal mantenido, con esas viejas letras que se van borrando, las E mayúsculas que parecen perderse en una herrumbre fatigada. Así que tú me has «escogido». Y has escogido «esto», este muro descuidado de bordes leprosos, este portal deslucido con este umbral de piedras gastadas...

¿Por qué mi posada? ¿Por qué precisamente la mía? Podías haber ido a otro sitio. Tienes dinero. En este camino que desciende hacia nuestra ciudad, y en nuestra misma ciudad, hay otras posadas con mejor presencia, con habitaciones mejores, más amplias, mejor decoradas, con mejor servicio. Y, sobre todo, con un posadero mejor...

Pues no, ¡te tuviste que parar en mi casa! Tú me has «escogido».

Seguramente tuviste que verla justo después de la bajada de los sicomoros. La Casa Grande, con su hermoso peristilo blanco, las fuentes blancas y los parasoles. Te tuviste que dar cuenta claramente de que era una hostería espaciosa, que impone; y que entonces su propietario...

Después, a la vuelta de la última colina, pasaste delante de las Tres Columnas. Es una casa muy buena (llevada por egipcios o sudaneses, por lo que dicen)... Su restaurante es excelente. Cada estación, la carta que ofrecen deja en segundo plano a la ciudad. Por descontado que yo, con mi pobre casa y mi viejo horno, no puedo compararme. A pesar de que Lía, mi mujer-

cita, sabe cocinar a fuego lento platos que ni te imaginas, no puedo competir en esa categoría, no sé lo que es una «estrella». Así, ciertamente todas las estrellas de Tres Columnas pueblan un cielo distinto al mío.

Pero tú ni las miraste, pasaste de largo, con tu asno y tu carga. Y ataste tu asno y descargaste tu fardo hecho papilla... justamente en mi casa.

¿Y si hubieras entrado en la ciudad en lugar de pararte tontamente aquí delante, como alguien que supiera desde siempre adónde va? Habrías podido pararte en la Hostería del Grande (aperitivo de bienvenida, con especias exóticas y aromas decantados), en la Enseña Blanca (las camas, que se hacen todos los días, con baldaquinos), en el Lirio Eterno (cada mediodía se renuevan las servilletas, ¡que habrían sido bordadas por una reina de las estepas del norte!).

No te vayas a creer que por aquí faltan las buenas direcciones. Ni tampoco, por lo demás, las piojosas.

Y, además, si te hago la lista de mis «competidores» –es esta una palabra de la que me río–,

es sobre todo para que no te olvides de mi pequeña posada, ahora que has pasado por ella y la elegiste, entre todas, en aquel polvoriento crepúsculo.

Cada vez me siento más despojado. Cuando vuelvas, no olvides traer las monedas que me prometiste antes de irte. El oro no es eterno. Mi casa es la tuya. Sigo siendo tu amigo...

Índice

La parábola del «buen samaritano» .	5
Advertencia del autor	7
1. En el umbral	11
2. A lo largo del camino	15
3. En la mesa	19
4. A la cabecera	25
5. En el notario	29
6. A lo largo de la noche	35
7. En la bodega	43
8. En el adoquinado	49
9. Del horizonte	53
10. Cada vez más	61
11. En la torre	65
12. Un plan	71
13. En los brazos	81
14. POR LAS CALLES	85
15. Todo ordenadísimo	89
16. Pieza a pieza	95

17. EN PEDAZOS 99
18. Bajo techo103
19. AL MARGEN111
20. Cada vez más lejos
21. En carretas121
22. Bajos los golpes129
23. En la basura
24. En la orilla del tiempo 137
25. La hora veinticinco